

Un muchacho despreciable

Había una vez un viejo poeta, un verdadero y buen poeta, muy bondadoso. Una tarde estaba sentado en su casa mientras afuera se desataba una tempestad. La lluvia caía a cántaros, pero al viejo poeta le resultaba tan acogedor y cálido junto a la estufa de azulejos, donde ardía vivamente el fuego y, chisporroteando alegremente, se asaban manzanas.

—¡Qué malo es verse atrapado en semejante tempestad: no quedará ni un hilo seco! —dijo él. Era muy bondadoso.

—¡Ábrame, ábrame! ¡Tengo frío y estoy completamente empapado! —gritó de repente detrás de la puerta un niño.

Lloraba y golpeaba la puerta, mientras la lluvia seguía cayendo a chorros y el viento golpeaba furioso contra las ventanas.

—¡Pobrecillo! —dijo el viejo poeta y fue a abrir la puerta.

Detrás de la puerta había un pequeño muchacho, completamente desnudo. El agua escurría de sus largos cabellos dorados, temblaba de frío; si no lo hubieran dejado entrar, probablemente habría perecido.

—¡Pobrecillo! —dijo el viejo poeta y lo tomó de la mano—. Ven conmigo, te calentaré, te daré un poco de vino y una manzana; ¡eres un muchachito tan guapo!

En efecto, era extremadamente guapo. Sus ojos brillaban como dos estrellas luminosas, y sus húmedos cabellos dorados se rizaban en bucles: ¡justo un angelito!, aunque todo él estuviera azulado por el frío y temblara como una hoja de álamo. En sus manos sostenía un arco maravilloso; la única desgracia era que se había estropeado completamente por la lluvia, y la pintura de las largas flechas se había destiñido.

El viejo poeta se sentó más cerca de la estufa, tomó al pequeñuelo sobre sus rodillas, escurrió sus rizos mojados, calentó sus manitas entre las suyas y le hizo hervir vino dulce. El niño se animó, sus mejillas se sonrojaron, saltó al suelo y comenzó a bailar alrededor del viejo poeta.

—¡Vaya, qué muchachito tan alegre eres! —dijo el anciano poeta—. ¿Y cómo te llamas?

—¡Amor! —respondió el niño—. ¿Acaso no me conoces? Aquí está mi arco. ¡Sé disparar! Mira, el tiempo ha mejorado, la luna brilla.

—¡Pero tu arco se ha estropeado! —dijo el viejo poeta.

—¡Qué pena sería eso! —dijo el muchacho, tomó el arco y comenzó a examinarlo—. ¡Se ha secado por completo y no le ha pasado nada! La cuerda está tensa como debe ser. Ahora mismo lo probaré.

Y tensó el arco, colocó una flecha, apuntó y disparó directamente al corazón del viejo poeta.

—¡Ya ves, mi arco no está nada estropeado! —gritó, rió estrepitosamente y echó a correr.

¡Muchacho malvado! Disparó contra el viejo poeta, quien lo había dejado entrar para calentarlo, lo había acariciado, le había dado de beber vino y le había ofrecido la mejor manzana.

El buen anciano yacía en el suelo llorando: había sido herido en pleno corazón. Luego dijo:

—¡Uf, qué muchacho tan malvado es ese Amor! Se lo contaré a todos los niños buenos, para que se guarden, no se relacionen con él, pues también a ellos los ofenderá.

Y todos los niños buenos, tanto boys como niñas, comenzaron a recelar de ese Amor, pero aun así él sabe a veces engañarlos; ¡qué tramposo!

Los estudiantes van saliendo de las clases, y él va a su lado: un libro bajo el brazo, vestido con levita negra, ¡y nadie lo reconoce! Piensan que también es estudiante, lo toman del brazo, y él les dispara una flecha прямо al pecho.

O bien unas muchachas salen del sacerdote o van hacia la iglesia: allí está él también, siempre persiguiendo a la gente.

A veces se mete en una gran araña de cristal en el teatro y arde allí con llama brillante; la gente al principio piensa que es una lámpara, y solo después comprende de qué se trata. Corre también por el jardín real y por las murallas de la fortaleza. Y una vez hirió en el corazón a tus propios padres. Pregúntales, ellos te lo contarán. Sí, malvado muchacho ese Amor, mejor no te relaciones con él. Solo hace una cosa: perseguir a la gente. Piensa que incluso lanzó una flecha contra tu vieja abuela. Esto ocurrió hace mucho, muchísimo tiempo, ya está cubierto de olvido, pero aún no se ha olvidado, ¡y nunca se olvidará! ¡Uf! ¡Malvado Amor! Pero ahora tú sabes acerca de él, sabes qué muchacho tan malvado es.